



JOSÉ MARÍA ROMERA

## Sobredosis

Estar a la altura de la Navidad no es fácil. No lo digo por la sangría consumista que pone a prueba los bolsillos, ni por la carga de compromisos familiares y sociales, ni por el insufrible espectáculo de las doce uvas cantadas por tonadillas gagás o empalagosos presentadores de televisión. Me refiero al desafío emocional, a esa convocatoria a la alegría y la cordialidad que llega de todos los rincones, desde la casa hasta la calle. Hay a quienes les provoca cierto vértigo. O miedo. O incluso depresión. La sobredosis de buenas intenciones y de sentimientos amistosos puede llegar a ser contraproducente y helarnos la sonrisa donde menos lo esperábamos. Verán ustedes, veremos todos estos días, al familiar o el amigo que en plena euforia de celebración muda el gesto, parece quedar ensimismado y de repente deja caer una lágrima. De pena, de amargura, de cansancio, quién sabe. El mister Scrooge de Dickens, aquel que se negaba a celebrar la Navidad no tanto por tacañería como por aislamiento defensivo contra una atmósfera idílica, es el contrapunto de eso que hemos dado en llamar el 'espíritu navideño'. Los aguafiestas que invariablemente nos aburren con sus palinodias contra la felicidad por decreto, contra el consumismo desbocado, contra la hipocresía de los buenos sentimientos, también disfrazan de heroica insumisión su miedo a la dicha. Estamos de acuerdo: para ser auténtico, el espíritu navideño debería mantenerse los 365 días del año. La Navidad es hoy en día una cosa de los grandes almacenes, más que de las tradiciones religiosas o populares. Nos pasamos varios pueblos en los gastos y las cuchipandas. Nadie lo discute. Pero no son argumentos suficientes. La Navidad es un estado interior que nos predispone a sacar la parte más presentable de nosotros mismos, y a hacerlo además de manera contagiosa. Nos transformamos en seres casi angelicales y por eso mismo frágiles. Al bajar la guardia caemos en la cuenta de que los otros también tienen rostro y corazón, y de ahí suelen salir unas conclusiones muy interesantes. Sospecho que el miedo a la Navidad proviene de la falta de costumbre. Estamos mejor dotados para la pendencia que para el abrazo; nos sentimos más seguros en el papel de inquisidores que en el de solidarios. La empatía es un territorio lejano al que sólo nos acercamos de visita y en pequeñas dosis. De manera que la Navidad suele pillarnos desprovistos de recursos emocionales para digerirla sin riesgo de empacho. Lo dulce nos parece almibarado y lo resplandeciente, demasiado cegador. Y esa euforia comprimida en tan corto pero intenso espacio de tiempo puede provocar estragos en el alma. Pero la apuesta merece la pena. Que tengan ustedes felices navidades.

# Los silencios de esta Iglesia

JESÚS SÁNCHEZ MAUS PRESBITERO DE LA DIÓCESIS DE BILBAO

El autor expresa sus dudas sobre el plan Ibarretxe y se pregunta si «la situación que atraviesa el País Vasco y las derivas que se intuyen al menos a medio plazo no son necesariamente acuciantes como para esperar de la Iglesia algunos criterios iluminadores»

La violencia terrorista del País Vasco persiste. También es verdad que fundamentalmente gracias a la aplicación de medidas judiciales y policiales ese componente violento ha menguado en intensidad y extensión, y por ello mismo en presencia social y percepción pública. Quizás esto, junto al hastío provocado por dicha situación, soportada durante tantos años, haga pensar que las cosas están encarriladas y que hay que despreocuparse. Sin apercibirse de lo que se nos está echando encima con los planteamientos de quienes gobiernan en este país.

De modo genérico, no tengo dudas acerca de la legitimidad de reformas y cambios de los marcos legales, porque sólo así hay transformación y adecuación a los momentos históricos y a las aspiraciones de las diversas generaciones de ciudadanos. Pero tengo dudas inmediatas en torno a la legalidad de lo que se está tramando, por las actuaciones en los últimos tiempos de algunos representantes institucionales en el vigente marco legal y legítimo. E incertidumbres remotas acerca de si lo que realmente interesa hoy a la ciudadanía vasca es entrar en un proceso re-constituyente al que conduce el nacionalismo que nos gobierna. De hecho, en años no ha habido un cambio significativo en los porcentajes de los que se sienten más referidos a un sentimiento vasco que español o viceversa o a ambos por igual. Tiendo por ello a creer que es algo inducido. Por un lado, desde una visión patrimonialista que, tras el espejismo del famoso discurso del Arriaga de 1987, se ha recuperado para mantener el poder, recreando las pretensiones nacionalistas ante su agotamiento después de casi un cuarto de siglo mandando en el país. Por otro, como intento de aprovechar para el nacionalismo vasco el tiempo que queda ante el manifiesto declive de ETA.

Sin embargo, como subrayan diversos analistas, el proyecto del Gobierno vasco va más allá de una mera estrategia política. Viene a ser, como así queda expuesto, la consagración de dos comunidades diferentes que cohabitan en un mismo territorio singular. Las leyes que emanaren del nuevo marco legal se encargarían de diferenciar ambas en derechos y deberes, blindando así las aspiraciones de los que comparten sentimientos de pertenencia con los gobernantes actuales frente a los que tienen otros. Lo cual deja claro para quién se gobierna y cuáles son los intereses particulares que prevalecen ante el interés general del bien común. La milonga de la relación amable con España, cuando se aboga por la separación, la diferenciación y el distanciamiento parece cuando menos un insulto a la inteligencia y sentido común de la ciudadanía que mira por ojos distintos a los del nacionalismo. La consolidación de ese modelo de ciudadanía dual propiciaría de hecho una bolsa de ciudadanos forzados a la condición de apátridas en su propio territorio («como los alemanes en Mallorca»), por el simple motivo de no compartir un proyecto político con quien ostenta la gobernación del país.

Sin la pretensión de anticipar dramatismos, albergo el temor de que los aspectos más destacables de la política que se está



JESÚS FERRERO

haciendo nos aboquen a una 'yugoslavización' del País Vasco. Supondría la consolidación efectiva y jurídica de dos grupos nacionales por obra y gracia de unos dirigentes políticos que ejercen y ponen en práctica sus objetivos desde la acumulación no de voluntades -como ellos nos venden-, sino de recursos económicos e institucionales, sin el concurso positivo de una mayoría suficiente para entrar en estas lides. Es preocupante atisbar que con este clima de facto podemos pasar imperceptiblemente de opinar diferente a la imposibilidad de comunicarnos y compartir distintos puntos de vista, de aquí a un resentimiento soterrado y de éste a un fanatismo que lleve al odio, y quizás a algo más.

Me inquieta vislumbrar un futuro cargado de más cicatrices aún que restañar. Por lo que me pregunto si la situación que atraviesa el País Vasco y las derivas que se intuyen al menos a medio plazo no son necesariamente acuciantes como para esperar de la Iglesia algunos criterios iluminadores.

Algunas voces están pidiendo una palabra de la Iglesia en torno a las incertidumbres que está generando la puesta en escena del llamado plan Ibarretxe. No tengo claro que sean voces suficientemente convincentes para solicitar una intervención de nuestra jerarquía católica. Pero, en cualquier caso, ese requerimiento responde a una evidencia clara, el actual silencio de los responsables eclesiales en torno al conflictivo proyecto, salvando sucesos colaterales como la polémica en torno a las declaraciones del presidente de la Conferencia Episcopal Española.

Este tiempo de silencio, como en la obra de Luis Martín Santos, encubre un verdadero drama para una parte muy importante de la ciudadanía. Un tiempo en el que no dejan de suceder cosas determinantes y graves, que pueden poner en cuestión derechos cívicos, más allá de las diferencias políticas. Hay ciudadanos que perciben el actual mutismo eclesial con cierta sorpresa y preocupación, y para quienes cunde la sospecha de que ahora lo más conveniente es callar porque la cosa sigue su curso. En una determinada dirección, claro.

Cuando miramos retrospectivamente las intervenciones de los obispos vascos encontramos que han hablado en las más diversas coyunturas socio-políticas siempre que han creído percibir la necesidad de iluminarlas con una palabra ética, por entender que afectaban al bien común de los ciudadanos, y no sólo a los creyentes. Por supuesto, han hablado ampliamente en torno a la violencia terrorista y la pacificación, con mejor o peor acogida dependiendo de factores en los que ahora no entro. Encontramos también intervenciones en torno al tránsito del régimen franquista a la democracia, a las distintas convocatorias electorales, al referéndum estatutario, a la LOAPA (Ley Orgánica de Armonización de los Procesos Autonómicos, 1982), a la LOPE (Ley Orgánica del Derecho a la Educación, 1983), a la LOGSE (Ley Orgánica General del Sistema Educativo, 1990), a cuestiones muy específicas sobre el conflicto y la violencia en el País Vasco, como es el modelo político-institucional, la autodeterminación, la negociación, el tratamiento penitenciario a los miembros de ETA, la colaboración internacional contra el terrorismo, y también sobre la crisis industrial de principios de los noventa, por citar algunas más sobresalientes. La última acerca de las graves consecuencias que se derivarían de la ilegalización de Batasuna.

Es probable que pedir hoy esta palabra, que además no dejaría satisfechos ni a unos ni a otros, sea un imposible. Después de lo que sucedió con la pastoral 'Preparar la Paz', de mayo del 2002, no serán pocas las dificultades de los obispos vascos para ponerse de acuerdo a la hora de emitir cualquier otro escrito público sobre el tema. El tiempo del pensamiento episcopal único y sin fisuras en la aplicación de los principios católicos de ética política al conflicto vasco parece que forma ya parte del pasado, lo cual redundará aún más si cabe en la convicción de una pluralidad de visiones, opciones y estrategias presentes en nuestra sociedad, y de la que la Iglesia no puede abstraerse. Sin embargo, la situación a la que nos aboca el actual proyecto nacionalista no deja de interpelar acerca de las 'graves consecuencias' para la convivencia en el País Vasco y de hasta qué punto nos alejamos de esa antigua aspiración eclesial a la reconciliación social.